

El día en que a Bartolomé Arango Moya le tocó el millón, también se registra en los modestos anales históricos de la centralita de batería de teléfonos que regentaba, en los bajos de su casa de Orcelis, Dorotea Sanguino, viuda de Abraham Córcoles, destacado dirigente del partido fusionista y defensor de la incorporación de las ideas regeneracionistas a los programas docentes de humanidades en el seminario diocesano. Murió de un infarto fulminante durante un enfrentamiento verbal con su contrincante político, Eusebio Rabanera, jefe local del partido carlista. Ante su inesperada muerte, sin embargo, tanto Eusebio Rabanera como César Almenara, jefe del partido integrista –el más importante de cuantos existían en Orcelis en 1915–, olvidaron sus radicales diferencias políticas con el difunto y se coaligaron para que fuese su viuda quien regentase los nuevos servicios públicos de comunicaciones telefónicas.

A sus dieciséis años recién cumplidos, el hijo de Dorotea Sanguino, de nombre Jacobo, en honor del pensador francés, se encargaba de redondear el prodigio de la transmisión telefónica en su fase final. Nada más terminar su madre de oír el mensaje del lejano, y casi siempre desconocido, interlocutor por el telefonillo de la central de batería, después de encajar la clavija en el tablero de la pared, justo en el taladro que se encendía de manera intermitente sobre el panel, el expectante Jacobo, larguirucho, desgarrado, se precipitaba a la calle para llevar al interesado el aviso que se acababa de recibir.

Casi siempre lo hacía de palabra, pero, a veces, cuando el mensaje se ampliaba con detalles que podía fácilmente olvidar, entregaba al destinatario una nota escrita por su madre.

Era tal la diligencia que Jacobo aplicaba a su trabajo, que doña Dorotea, cuando algún vecino la requería para que o explicase a su manera o se atreviera a desentrañar el misterio de la palabra impulsada por la electricidad a través de hilos, solía poner como ejemplo del prodigio a su propio hijo:

–Pues es como si Jacobo pudiera correr sin cansarse, desde Rusia, es un suponer, o desde Alicante, tan deprisa como se nos viene la luz del sol encima todos los días.

Aquel 22 de diciembre de 1915 no hizo falta que su madre le explicara ningún detalle sobre la conversación que acababa de mantener con Ezequiel Moreno, que llamaba desde el mismísimo despacho del director del *Diario de Alicante*. Los gestos de la telefonista ante el tablero, su curiosidad desbordaba por las palabras que escuchaba –él mismo podía distinguir la voz aflautada de don Ezequiel a través del milagroso hilo conductor–, y las preguntas que formulaba antes de que el lotero terminara, bastaron para que, sin más, Jacobo saliera a la calle y empezara a vocear, mientras corría, como un potro desbocado, en busca del domicilio de los Arango:

–¡Ha caído la lotería en Orcelis!

Exhausto, se detuvo en el centro de la plaza de San Cristóbal y, subido a un banco de piedra, volvió a gritar con todas sus fuerzas:

–¡Ha tocado un millón, un millón en Orcelis!

Una lluvia muy fina envolvía la tarde con un velo de triste sosiego. Decenas de chiquillos, con el pelo mojado y la frente sudorosa de jugar al *marro*, siguieron la carrera de Jacobo por las calles del Salvador y Santa Brígida, hasta llegar a la calle Mayor, a la planta baja donde vivía Bartolomé Arango Moya, por entonces reputado funcionario administrativo del ayuntamiento de Orcelis, casado con doña Angustias Rocamora Guelabert.

Jacobó se sabía la historia de las familias de medio pueblo, pues quien más y quien menos había recibido alguna vez una llamada telefónica, y él se encargaba de avisarles tan rápido como se lo permitían su resistencia de corredor y su voluntad de llevar el recado a su destino sin pérdida de tiempo.

Era su madre la que se encargaba de ponerle al corriente de quién era cada cuál. Por ejemplo, sabía que la ocupación de administrador municipal le venía a don Bartolomé

por tradición familiar, desde su bisabuelo, que llegó a ser secretario del ayuntamiento; también sabía que la familia de doña Angustias era oriunda de la parte alta de la provincia de Albacete, gente del campo, decía su madre, simple pero honrada, y muy religiosa.

Cuando llegó a la casa, Jacobo atizó varias veces la aldaba sobre la puerta, pero nadie contestó.

Una de las vecinas, alertadas por la algarabía de los chiquillos, salió a la calle y le dijo que doña Angustias estaba en la catedral, y que su hijo el mayor, Bartolomé, de nombre como su padre, estaba jugando a las cartas en el portal de la casa de Juan el Botella, con el hijo de éste, Juanico. Sobre el marido, lo más seguro es que estuviera leyendo el periódico en el casino, adonde iba todas las tardes.

Jacobo escogió el trayecto más corto para ir al casino, que pasaba por la catedral, y no resistió la tentación de entrar al templo por el mismísimo pórtico de la gloria, pero después de calmar a los ruidosos zagales que lo habían seguido en tropel por las calles.

En un reclinatorio junto al altar mayor, doña Angustias rezaba en silencio. Él se acercó por detrás, y, con mucho cuidado, rozó el hombro de la mujer y le musitó, con la voz entrecortada por la fatiga de la carrera:

–Doña Angustias, que a su marido le ha tocado el gordo de la lotería...

Doña Angustias se revolvió como si una cucaracha le hubiera rozado la suela del zapato en ese momento.

–¡Jesús, María y José! –exclamó la mujer, al tiempo que enrollaba el rosario en el puño y recogía el bolso colgado del reclinatorio– ¿Has avisado a mi marido?

–A eso voy –respondió Jacobo, sobrecogido por la solemnidad del lugar–. ¿Está en el casino, como me han dicho?

–Pues casi seguro; se pasa todas las tardes leyendo...

–Entonces, para allá voy –le dijo Jacobo, mordiéndose los labios.

Doña Angustias siguió los pasos de Jacobo, presa de una extraña curiosidad, y salió a la calle por el mismo pórtico de la gloria.

Abrió el paraguas.

Sabía que su hijo Bartolomé jugaba a las cartas en casa de Juan el Botella. Vio al recadero alejarse, con decenas de chiquillos persiguiéndole, gritando. “Jesús, María y José, como sea cierto”, dijo en voz baja mientras torcía por la calle de San Fermín hasta enfilar la calle de Los Belenes.

Su hijo Bartolomé había cumplido en noviembre seis años. Lo encontró acuclillado como un fakir ante su amigo Juanico. Exhibía en su mano derecha dos cartas, a las que observaba con sus ojos con la concentración de un ilusionista en pleno éxtasis.

–Bartolomé, hijo, que dicen que a tu padre le ha tocado la lotería –dijo doña Angustias.

El niño arrojó con furia las cartas al suelo y embistió la cabeza contra su madre:

–¿Y a mí qué me importa, si pierdo un real?

\*

Se había pasado toda la tarde leyendo “*El Observador*”, fundado en Orcelis en 1875, que informaba ampliamente en sus páginas editoriales y centrales sobre el conflicto que enfrentaba a la administración pública con las empresas de fluido eléctrico, gas y abastecedoras de agua. La situación había llegado a un punto límite; las empresas no cobraban con la debida regularidad. En consecuencia, el país se enfrentaba a la seria amenaza de quedarse a oscuras y sin agua. Hizo algunas anotaciones para mandar una colaboración al semanario, de amplia difusión en toda la comarca y de ideas

avanzadas. Bartolomé Arango Moya pensó que España tenía los gobernantes que se merecían los españoles, esto es, los peores gobernantes de Europa, puesto que los ciudadanos del país se habían adocenado ante la fatalidad de su destino y eran incapaces de afrontar con decisión los nuevos tiempos, las nuevas ideas, las nuevas empresas, las nuevas reformas sociales.

El endémico problema de España, pensaba Arango Moya aquella tarde del 22 de diciembre de 1915, era que siempre se había llegado tarde a todas las citas de la historia. Nos merecemos quedarnos a oscuras...

También reparó en la noticia del mitin que se anunciaba en Valencia para últimos de año: Pablo Iglesias y Rodrigo Soriano disertarían sobre “la conjunción republicano-socialista”.

Arango anotó: la república podría ser la solución, pero siempre y cuando acometa con valentía la gran reforma agraria que necesita el país. Los socialistas parecen gente honrada. Pero nadie los entiende. ¿Cómo pueden entender la utopía diez millones de analfabetos? Levantándose en armas. Quizás el horror de una guerra sea la gran lección que nos reserva la historia. La única lección posible. Pero, ¿seríamos capaces de aprenderla?

Pensó que sería interesante acudir al mitin en Valencia. Me pasaré por la barbería de Amaranto, a ver si alguien se decide a ir, se comprometió.

“*El Observador*” daba cuenta asimismo del estado de salud, muy grave según el último parte médico, en que se encontraban los protagonistas de la “*riña sangrienta*” –así era el titular que ocupaba cuatro de las cinco columnas del semanario– acaecida el pasado día 11 en la pedanía de Las Corrientes, perteneciente al término municipal de Orcelis, cerca de La Negromota, cuando Antonio Sirera Escames y Rufino Cabrero Rufiáñez, ambos residentes en el citado caserío, se enzarzaron en una salvaje disputa. Sirera le propinó un hachazo en la cabeza a

Cabrero, y éste le disparó un tiro en el brazo. Dolores Vaquerizo resultó lesionada con arma blanca al interponerse entre ambos, con los que mantenía relaciones amorosas clandestinas.

Bartolomé Arango pensó que así era su país: brutal y amargo. Que los españoles sufrían una conmoción muy honda que nadie entendía, ni los gobernantes ni los curas, y que, tarde o temprano, reventarían todos los corazones.

Para contrastar la seriedad de las informaciones anteriores, empezó a leer un pequeño suelto, en la sección de sociedad, que le había llamado la atención:

“El joven e ilustrado oficial de infantería, teniente ayudante del Regimiento de la Princesa, don Arturo del Corral Sanabria, se paseó por la Glorieta de Orcelis en compañía de su bellísima esposa, doña Araceli Castroviejo de la Gándara, emparentada con la familia del Duque de Luna. El susodicho oficial de infantería acaba de regresar a su tierra natal después de haber intervenido en varias acciones militares en el norte de África...”

No había acabado Bartolomé Arango de leer aquella reseña cuando abrió la puerta del salón el portero del casino, de nombre Venancio, con los ojos desorbitados por la alegría. Por detrás, aparecía la cabeza del joven Jacobo, sudoroso y despeinado. Desde la misma puerta, Venancio informó a voces de la gran noticia, sin reparar en que otros socios también lo escuchaban:

–Don Bartolomé: dicen desde Madrid que es usted el nuevo millonario de España.